



El extraño mundo de Damanhur

En el Piamonte, norte de Italia, cerca de los Alpes, una comunidad excavó, casi en secreto, lo que luego se convertiría en doce templos subterráneos tan llamativos que se han transformado en un asombroso destino para quienes buscan experiencias místicas o para viajeros curiosos. *Página 4*

LUIS ALBERTO GANDEGATS

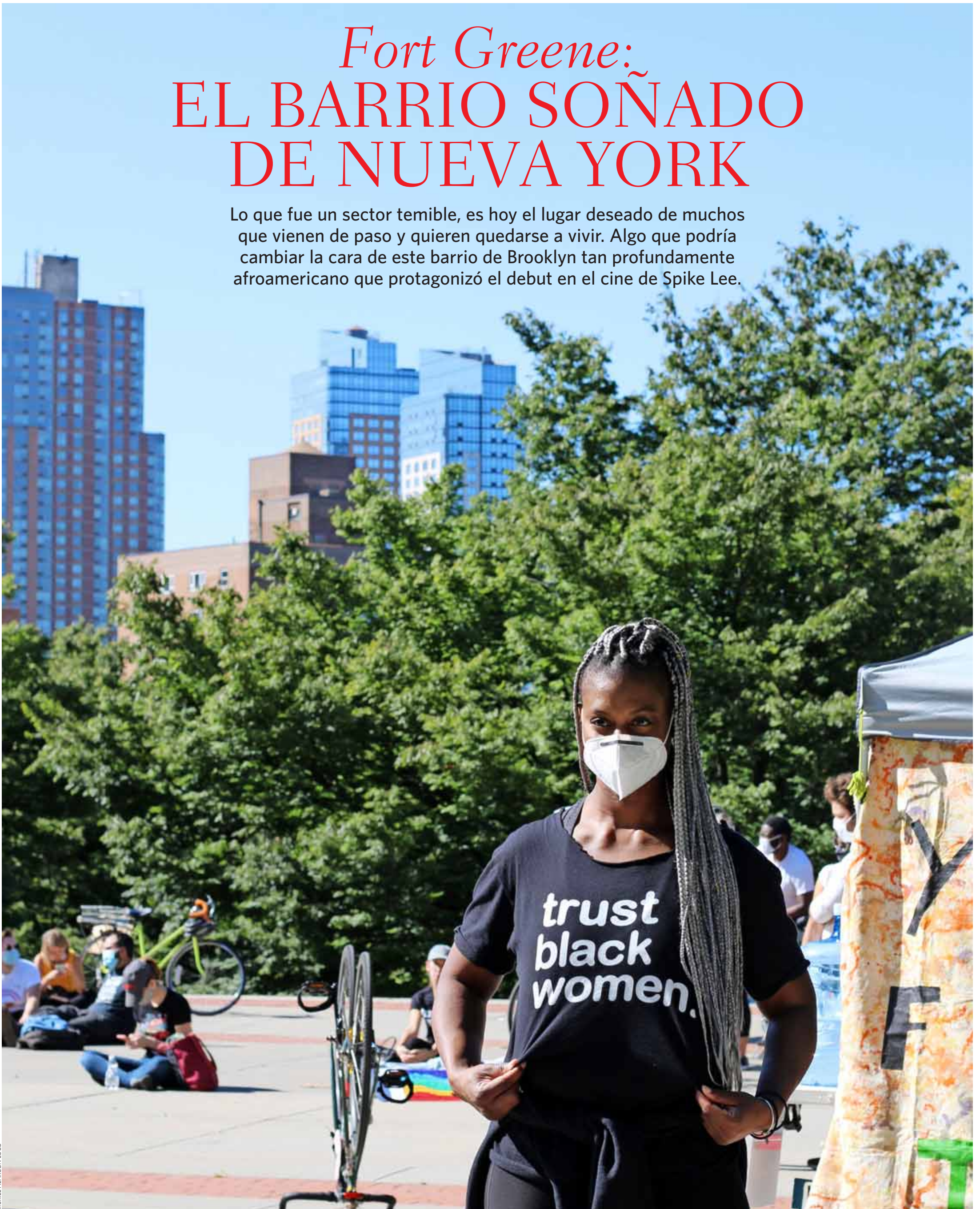
EL MERCURIO

DOMINGO

8 DE
NOVIEMBRE
DE 2020
Nº 2.812

Fort Greene: EL BARRIO SOÑADO DE NUEVA YORK

Lo que fue un sector temible, es hoy el lugar deseado de muchos que vienen de paso y quieren quedarse a vivir. Algo que podría cambiar la cara de este barrio de Brooklyn tan profundamente afroamericano que protagonizó el debut en el cine de Spike Lee.



MURIEL ALARCÓN LUCCO

2

En peligro: El regreso de la rana de Hall, la especie fantasma que nadie vio durante 80 años.

2

Conservacionistas: ¿Cómo nació el nuevo santuario natural Meullín-Puye, en Aysén?

6

La estrategia de Islandia para volver a recibir a los viajeros del mundo.

Por un parlante se escucha la voz amplificada de un hombre que grita: “¡Las vidas negras importan!”.

Decenas de manifestantes responden: “¡Las vidas negras importan!”.

Esta suerte de tótem levantado en medio del Fort Greene Park, Brooklyn, como homenaje a los mártires muertos en la bahía de Wallabout, sirve de base para los adherentes. De pie o sentados en el pavimento, siguen una y otra vez —el hombre grita; las personas repiten—, hasta que pasadas las dos de la tarde de este sábado se escucha un aplauso de cierre: la multitud se disgrega tan rápido como se formó.

Pero la manifestación sigue ahí. El mensaje se escucha con intensidad, aunque de otro modo. “Confía en las mujeres negras”, se lee en las poleras de las voluntarias que reparten botellas de agua y envases de granola. Más frases —“La NYPD tiene sangre en sus manos”; “Abolir la prisión y la policía”; “El silencio blanco es violencia”— se asoman en carteles o pegadas en la rueda de una bicicleta. Otras —“La policía está entrenada para matarnos”; “Trump nos falló”— se asoman en ventanales o —“Acaben la injusticia social”— en la pizarra de un restaurante, o —“Afirmamos la vida negra frente al racismo”— en el letrero informativo de la Iglesia Presbiteriana Lafayette.

Una caminata por Fort Greene es recorrer un campo minado de declaraciones punzantes, feroces, en todos los tamaños, formas y letras, que recuerdan sentimientos y causas que en este vecindario de históricas raíces negras nunca han estado dormidas.

El que puso a Fort Greene en el mapa neoyorquino fue el cineasta Spike Lee, que creció aquí. En 1986 remeció a la industria cinematográfica con *She's Gotta Have It*, una comedia en blanco y negro protagonizada por Tracy Camilla Johns, que muestra los días de *Nola Darling*, una veinteañera afroamericana que arrienda un estudio en Fort Greene y predica —y practica— el sexo sin compromiso, y vive con total franqueza y destape el poliamor, a pesar del desconcierto que esto provoca en sus tres amantes, uno de ellos interpretado por el mismo Lee.

La voz de *Nola* ha sido descrita por la crítica como el elemento más revolucionario de la película. Su deseo de libertad y autonomía sexual se anotan entre las razones por las que este debut fuera entonces, y todavía hoy, considerado un hito del cine independiente. Con él, en meses, Lee pasó de ser un graduado de la Escuela de Cine de NYU a gozar de fama, un nombre en la ciudad.

Treinta años más tarde, Netflix recuperó y actualizó la historia —de la mano del mismo Lee— en una serie de dos temporadas, protagonizada por la actriz DeWanda Wise y rodada en escenarios icónicos del hoy aburguesado vecindario (como el Monumento a los Mártires).

La *Nola Darling* de los ochenta era un retrato de la juventud negra y del barrio inédito por varias razones. Primero, porque la historia fue escrita y pensada por un director negro, e interpretada por actores y actrices negros. Pero también porque mostró, en un gesto innovador, a Fort Greene, entonces un vecindario marcado por el crimen, las drogas y la prostitución, como un espacio deseable de vivir, escenario de una comunidad cosmopolita. Eso, porque Lee logró retratos profundamente humanos de sus residentes. Quizá más atractivos de lo que él mismo hubiera querido.

“Lee fue capaz de recrear una presencia negra en áreas donde la gente solo veía un gueto. (Hasta entonces) los negros eran solo figuras que no tenían rostro, ni interioridad, ni sexualidad, ni estilo. El barrio también es un personaje: define a la gente como la gente define al barrio”, me dice el autor y cineasta malí y profesor de cine en NYU, Manthia Diawara.

“Spike escribió del (mundo) que él conocía”, agrega la célebre escritora y editora Malaika Adero, compañera de estudios y amiga personal de Lee.

Adero editó las memorias de la película —basadas en sus diarios personales—, recortando con tijeras pedazos de hojas amarillas escritas por Lee y pegándolos en hojas en limpio. “Era muy raro, en esos tiempos, que a una mujer negra se le permitiera ser la estrella. *Nola* fue una leyenda. No es algo fácil ni siquiera ahora”, dice Adero. “Me conmuevo cada vez que veo a una mujer negra en una pantalla grande, cada vez que veo una película protagonizada por caras negras y marrones como las que somos, gente hablando como realmente hablamos”.

Diawara reconoce estar todavía sorprendido del eco logrado por la voz de George Floyd en el mundo, “porque hoy, ciertamente, los blancos, los indios, los chinos y hasta los chilenos dicen: ‘Las vidas negras importan’. Aunque no es el único, Lee viene siendo un participante importante en esa discusión”.

Y la *Nola Darling* de la versión moderna también. Tiene una carrera emergente como artista callejera en Brooklyn (basada en la de la artista local Tatyana Fazlalizadeh). Protesta contra el acoso con retratos de mujeres con mensajes como “¡No me digas mamita!” en los muros de Fort Greene. Y mira a la cámara y dice:

NUEVA YORK: El grito de FORT GREENE

Hay quienes creen que un responsable de la gentrificación de Fort Greene fue el director Spike Lee, con su debut *She's Gotta Have It*, que en los 80 mostró el conflictivo barrio, volviéndose así objeto de deseo para artistas emergentes. Con una serie que resucitó ese legado, y el movimiento antirracista en su máxima expresión, recorreremos sus calles.

TEXTO Y FOTOS: Muriel Alarcón L., DESDE ESTADOS UNIDOS.



FORT GREENE PARK. Este es el punto de encuentro para los residentes del barrio, lejos de su pasado de drogas y delincuencia.



CINÉFILO. El vecindario, de históricas raíces negras, se ha convertido en un personaje más en la obra del cineasta Spike Lee (en la foto), que tiene aquí su productora.



SIN PAUSA. La pandemia no ha frenado al clásico mercado de Fort Greene Park.



CAMBIO. La gentrificación está desplazando a antiguos residentes.

“Mi nombre no es ‘maldita perra negra’. Mi nombre es Nola Darling. Las vidas... negras... importan”.

La de Fort Greene es la historia de un barrio en gentrificación, inmerso en una transformación que comenzó hace décadas, cuando dejó su prontuario policial y se convirtió en lugar para artistas, gráficos, cineastas.

Para muchos fue Lee y su cine el responsable de atraer artistas “incluso hoy”, dice Manthia Diawara, que tiene dos alumnos de posgrado en la escuela de cine de NYU residiendo y buscando en Fort Greene lo que antes inspiró al director: “En muchos sentidos, el Brooklyn de Spike Lee logró ser como el Manhattan de Woody Allen o el Harlem de Langston Hughes”.

Porque el barrio, que hoy tiene las terrazas de sus restaurantes a capacidad completa a la hora de *brunch* y a sus foto-

génicos *brownstones* conviviendo en armonía con los edificios de Ingersoll Whitman, no siempre fue así. Precisamente, la avenida Myrtle, donde se levantan estas viviendas sociales color marrón, era uno de los puntos de peor fama cuando Lee filmó su debut.

“Myrtle Avenue era conocida como la ‘avenida del asesinato’”, me dice Noel S. Anderson, 50 años, profesor en Liderazgo Educativo y Estudios de Políticas en NYU.

Anderson ha escrito de la gentrificación de Fort Greene como académico, aunque por una razón muy personal: es su barrio hace 24 años. Su esposa fue precisamente una de las personas que vinieron para trabajar con Spike Lee cuando él abrió su productora 40 Acres and a Mule Filmworks en la calle South Elliott Place, a pasos del parque, y cuyas oficinas hoy lucen una bandera estadounidense negra invertida y a media asta, y pinturas de clásicos como *Do the*

Right Thing y *Da 5 Bloods*.

Anderson explica que, años atrás, el parque tampoco era lo que hoy. No era el espacio donde, bajo las sombras de frondosos árboles, este sábado danzan las niñas de una academia de ballet. No era el lugar elegido para celebrar cumpleaños con globos y tortas. Ni el escogido para una fiesta bailable, con distanciamiento físico, liderada por un DJ que pone música de Michael Jackson bajo un toldo. Sus delgados senderos no eran recorridos a toda velocidad por niños en *scooter*. Era todo tan distinto, dice Anderson, que ningún vecino habría entrado al parque salvo que quisiera hacer algo ilegal. “No iría a menos que tuviera el valor de pasar en medio de disparos, robos, asesinatos”.

Por eso, cuando los artistas se mudaron aquí, encontraron tarifas bastante económicas.

No eran las de hoy, claro, que complican a sus residentes de antaño, como le sucede a la *Nola Darling* de la serie, que vive en uno de esos icónicos *brownstones* frente al parque y que, dice el personaje, hoy cuestan veinte veces más de lo que sus padres pagaron en 1978 al llegar.

La gentrificación de Fort Greene ha desplazado a quienes venían de la clase trabajadora. Alquileres escandalosamente altos los han obligado a mudarse a otras partes de Brooklyn o Long Island, dando paso a “muchos más residentes blancos que en el pasado”, dice Anderson.

Emprendimientos locales se han visto forzados a trasladarse y espacios icónicos del sector han debido cerrar, como el célebre restaurante sudafricano Madiba, en la calle Dekalb, que bajó sus cortinas poco antes de la pandemia. “Era un gran lugar”, recuerda Anderson. “Pero no podía permitirse estar”.

Manthia Diawara dice que el barrio se aburguesó. “Se convirtió en un área de consumo: en un Harlem y en un Manhattan de alguna manera. Los artistas hacen esto en todas partes, especialmente en Nueva York. En ese sentido, Lee podría ser visto como alguien que participa en el desarrollo de la ‘burguesía negra’. Y, la verdad, no creo que a él le importe que usted y yo veamos esto como ‘un pequeño capitalismo’”.

La acelerada gentrificación también es el motor que mueve a la Nola Darling de hoy. Porque las tensiones de su barrio no solo la afectan a ella. También a sus padres —que se quejan del asedio de las inmobiliarias— y amigas —que sufren el alza de precio de la leche en el almacén—. Al final, las viven de una u otra forma todos los personajes, nuevos y viejos residentes, cuya línea divisoria es también el color de piel. Los nuevos, los blancos. Los viejos, los negros. Los nuevos que con sus modos desplazan a los viejos.

Un problema de la vida real, actual, en Fort Greene, que se recoge bien en la serie, donde una nueva propietaria del *brownstone* que queda al lado del de *Nola* reclama por lo que describe como “vandalismo” en el barrio:

—¡Los grafitis estaban aquí antes de que ustedes llegaran! —grita un vecino de vuelta.

—¿Sugiere que simplemente aceptemos el daño a nuestros departamentos? —responde la recién llegada.

—¡Digo que hay peces más grandes que freír!

Para calmar la discusión, la madre de *Nola* se hace escuchar:

—¡La gente nueva va a seguir viniendo, pero las viejas cabezas no nos iremos a ninguna parte! ¡Son nuestras diferencias lo que hace grandioso a Fort Greene!

Pero la historia de *Nola* no es solo conflicto social. También muestra eso que hace de Fort Greene un sitio deseado. Va a la librería Greenlight, sobre la calle Fulton —para la que hoy se hace fila con distanciamiento físico—, o al MoCADA, el Museo de las Artes Contemporáneas de la Diáspora Africana, un espacio clave para la comunidad negra, que llegó al barrio en 2006 y ha permanecido cerrado desde el 11 de marzo.

Amy Andrieux, su directora, una estadounidense de primera generación y descendiente de haitianos, me cuenta que ella no ha participado de las marchas debido al alto riesgo de contagio por coronavirus por su inmunodepresión. “Pero (lo de las protestas) no es algo nuevo para nosotros”, dice: “Muchos de nuestros artistas han estado creando obras que hablan de injusticias”.

Además, MoCADA, cuyas paredes exteriores lucen por estos días afiches de películas de Lee, se ha transformado en un activo participante más de la conversación comandada por BLM en el mundo virtual. Han organizado festivales de cine, exhibiciones 3D que están disponibles en su sitio web (*mocada.org*) y conversatorios acerca de temas como ser negro en la academia. “Hay muchas formas de protestar. Marchar es una, pero hay otras maneras de ser un recurso para la comunidad, de alzar la voz”, dice.

Andrieux destaca el aporte de MoCADA sobre todo en el contexto de la gentrificación. “Queremos acabar con la brecha entre la generación que vivió aquí antes y la que vive hoy. Queremos asegurarnos de que la historia del vecindario no se apague. Queremos que aquellos que han estado aquí no sean olvidados ni borrados jamás”. ■



HITO. La torre de los mártires de la bahía de Wallabout reúne a adherentes a BLM.